

## ¡Cómo se Divertían! (*The Fun They Had*)

Isaac Asimov (1951)

Hace casi sesenta años, este autor desarrolló *The Fun They Had –¡Cómo se Divertían!*–, en el que María y Tomás no lo pueden creer. Acaban de encontrar en el altillo un libro de verdad. Es de los que usaba el abuelo del abuelo, hace un par de siglos. Les llama la atención que las palabras se queden quietas en el papel y no caminen por las pantallas. Se sorprenden al enterarse de que los chicos iban a la escuela, se reían y gritaban en el patio, se sentaban juntos en el aula, regresaban a casa al final del día y aprendían las mismas cosas: son chicos del año 2157.

El futuro imaginado por Asimov, ¿se aproxima a lo que actualmente sucede?.

*The Fun They Had*, de 1951, fue publicado en Boys and Girls Page. En 1976 fue publicado en castellano por Emecé de Buenos Aires. Más allá de algunas pequeñas adaptaciones “locales”, queda a disposición de ustedes.

### Cómo se divertían

María dejó constancia del suceso en su computario. El 17 de marzo de 2157, escribió: "Tomás encontró hoy, en el altillo de su casa, un libro de verdad."

Era un libro muy viejo.

El abuelo de María le había dicho una vez que, siendo pequeño, su abuelo le contó que hubo un tiempo en que todas las historias se imprimían en papel.

Volvieron las páginas, amarillas y rugosas, y se sintieron tremendamente divertidos al leer palabras que permanecían inmóviles, en vez de moverse como debieran, sobre una pantalla. Y cuando se volvía a la página anterior, en ella seguían las mismas palabras que se habían leído por primera vez.

¡Será posible! –comentó Tomás

¡Vaya despilfarro! Una vez acabado el libro, sólo sirve para tirarlo, creo yo. Nuestra “compu” tiene ya un millón de libros, y todavía le queda sitio para muchos más. Nunca se me ocurriría tirarla.

Ni a mí la mía –asintió María.

Tenía once años y no había visto tantos libros de texto como Tomás, que ya había cumplido los trece.

¿Dónde lo encontraste? –preguntó la niña.

En mi casa –respondió él sin mirarla, ocupado en leer. En el altillo.

¿Y de qué trata?

De la escuela.

María hizo un mohín de disgusto.

¿De la *escuela electrónica*? ¡Mira que escribir sobre la *escuela electrónica*!

Odio la *escuela electrónica*.

María siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El *profesor electrónico* le había señalado tema tras tema de geografía, y ella había respondido cada vez peor, hasta que su madre, muy preocupada, llamó al inspector.

Se trataba de un hombre bajito y gordo, armado con una caja de instrumentos, llena de diales y alambres, que se paró delante del *profesor electrónico*.

María había esperado que no supiera recomponerlo. Sí que sabía. Al cabo de una hora poco más o menos, allí estaba de nuevo la pantalla, grande, negra y fea, en la que se inscribían todas las lecciones y se formulaban las preguntas. Pero eso, al fin y al cabo no era tan malo. María detestaba sobre todo la ranura donde tenía que depositar los deberes y los ejercicios. El *profesor electrónico* calculaba la nota en menos tiempo que se precisa para respirar.

El inspector sonrió una vez acabada su tarea y luego, dando una palmadita en la cabeza de María, dijo a su madre: No es culpa de la niña, señora. Creo que el sector geografía se había programado con demasiada rapidez.

—A veces ocurren estas cosas. Lo he puesto más despacio, a la medida de diez años. Realmente, el nivel general de los progresos de la pequeña resultan satisfactorios por completo...

Y volvió a dar una palmadita en la cabeza de María.

Ella se sentía desilusionada. Pensaba que se llevarían al *profesor electrónico*. Así lo habían hecho con el de Tomás, por espacio de casi un mes, debido a que el sector de historia se había desajustado.

¿Por qué iba a escribir alguien sobre la escuela? —preguntó a Tomás.

El chico la miró con aire de superioridad.

Porque es una clase de escuela muy distinta a la nuestra, estúpida. El tipo de escuela que tenían hace cientos y cientos de años.

Y agregó, recalcando las palabras: ¡hace siglos!

María se ofendió.

De acuerdo, no sé qué clase de escuela tenían hace tanto tiempo.

Leyó por un momento el libro por encima del hombro de Tomás y comentó:

De todos modos, había un profesor.

¡Pues claro que había un profesor!

Pero no se trataba de un *profesor electrónico*. Era un hombre.

¿Un hombre? ¿Cómo podía ser profesor un hombre?

Bueno... Les contaba cosas a los chicos y a las chicas y les daba deberes para casa y les hacía preguntas.

Un hombre no es lo bastante inteligente para eso.

Seguro que sí. Mi padre sabe tanto como mi *profesor electrónico*.

No lo creo. Un hombre no puede saber tanto como un *profesor electrónico*.

Apuesto a que mi padre sabe casi tanto como él —dijo Tomás.

María no estaba dispuesta a discutir tal aserto. Así que dijo: No me gustaría tener en casa a un hombre extraño para enseñarme.

Tomás lanzó una carcajada.

No tienes idea, María. Los profesores no vivían en casa de los alumnos. Trabajaban en un edificio especial, y todos los alumnos iban allí a escucharles.

¿Y todos los alumnos aprendían lo mismo?

Claro. Siempre que tuvieran la misma edad.

Pues mi madre dice que un profesor debe adaptarse a la mente del chico o la chica a quien enseña y que a cada alumno hay que enseñarle de manera distinta.

En aquella época no lo hacían así. Pero si no te gusta, no tienes por qué leerlo.

Yo no dije que no me gustara –respondió con presteza María.

Todo lo contrario. Ansiaba enterarse de más cosas sobre aquellas divertidas escuelas. Apenas habían llegado a la mitad, cuando la madre de María llamó:

¡María! ¡La hora de la escuela!

Todavía no, mamá –suplicó María, alzando la vista.

¡Ahora mismo! –ordenó la madre. Probablemente, también sea la hora de Tomás.

¿Me dejarás leer un poco más del libro después de la clase? –pidió María a Tomás.

Ya veremos –respondió él con displicencia.

Y se marchó acto seguido, silbando y con su libro bajo del brazo.

María entró en la sala de clase, próxima al dormitorio. El *profesor electrónico* ya la estaba esperando. Era la misma hora de todos los días, excepto el sábado y el domingo, pues su madre decía que las niñas aprendían mejor si lo hacían a horas regulares.

Se iluminó la pantalla y una voz dijo:

*La lección de aritmética de hoy tratará de la suma de fracciones propias. Por favor, coloca los deberes señalados ayer en la ranura correspondiente.*

María obedeció con un suspiro. Mientras la computadora comenzaba a dar explicaciones, pensaba en las escuelas antiguas, cuando el abuelo de su abuelo era un niño, cuando todos los chicos de la vecindad salían riendo y gritando al patio, se sentaban juntos en clase y regresaban en mutua compañía a casa al final de la jornada. Y como aprendían juntos, podían comentar la tarea y ayudarse.

Y los maestros eran personas...

Ajeno al pensamiento de la niña, el *profesor electrónico* insistía en la pantalla:

*"cuando sumamos las fracciones  $1/4$  Y  $1/2$ ..."*

María pensaba en cómo esos niños disfrutaban en la escuela, en tiempos pasados. ¡Cómo se divertían! Casi sin ver, miró alternativamente, la pantalla y toda la soledad del cuarto.

Entonces supo, de pronto, que no tenía a quién decirle que hoy se sentía muy sola.

María siguió pensando en lo mucho que tuvo que gustarles la escuela a los chicos en los tiempos antiguos.

Siguió pensando en cómo se divertían...